que sitúa ante un mundo desconcertante donde la tragedia y la farsa marchan parejas.

—¿Cómo se ha planteado usted la versión escénica de Don Friolera?

—*La acción es en el año 21, en San Fernando del Cabo, «perla marina de España, y en una ciudad blanca, dando vistas a la costa de Africa». No cabe la menor duda de que estamos en Andalucía. Por otra parte, diversidad de escenarios, luz, fondos magníficos, dinamismo en la multiplicidad de imágenes, espectáculo todo teatro, o sea, teatro total. Me he decidido a una solución pictórica, inducido por las palabras de Valle-Inclán: «Las cosas no son como las vemos, sino como las recordamos.» Por eso he acudido al «naif» ilusionado, además de contar con la colaboración de la gran pintora malagueña Mari Pepa Estrada.*—Angel LABORDA.

EL BALLET DE STUTTGART EN EL V FESTIVAL MADRILEÑO

Con la presencia de la segunda compañía de las invitadas este año al teatro de la Zarzuela, cambiará por completo, pensaba yo, la decoración —los supuestos de invención, el enfoque artístico, la forma de entender la expresión corporal y aun el ritmo, quiero decir— propuesta por la precedente de Alwin Aley. La magnífica, pero quizá no enteramente decantada personalidad creadora del norteamericano habría de dejar paso —seguía pensando— a unos puntos de vista estructuradores más auténticamente modernos y, al mismo tiempo, con harto mayor poso; y a un empleo de la materia prima balletística menos convencional que la mostrada, de modo magistral, por otra parte, por el Center City Dance Theatre... Pero mi gozo en un pozo.

El Ballet de Stuttgart, fundado por John Cranko, que fue también su director hasta que en 1973 murió, ha traído además para esta actuación madrileña dos coreografías del propio Cranko: «La fierecilla domada» y «Romeo y Julieta».

Para sostener la primera, la que ha servido de presentación —triunfal presentación, todo hay que decirlo— al elenco germano, no parecían «a priori» muy aptos los pentagramas de Domenico Scarlatti, ni aún reelaborados «ad hoc» por Kurt-Heinz Stolze. Pero con confirmarse, en mi opinión, el temor, no fue ése, ni mucho menos, el principal motivo de desencanto. Una desangelada pantomima —que no «ballet», siquiera enhebrase en el discurso números bailados, increíblemente trasnochados—, tan ayuna de invención, como sobrada de un supuesto gracejo narrativo, que me resisto a creerle apto ni siquiera para el peculiar sentido del humor teutón, contada además con torpe apresuramiento, mucho hubiera tenido que asumir de otras cosechas para que fuera soportable. Y como resulta que los decorados se equiparaban en convencionalismo a la labor coreográfica; la luminotecnia era primitiva; el vestuario de escaso gusto y la innominada orquesta —¿merece la pena, visto el resultado, referirse una vez más al intolerable tenor de los programas de mano?—, y la innominada orquesta, digo, carecía del virtuosismo suficiente como para defender, por ese camino al menos, lo presenciado, dígase qué ápice de arte quedaba en ello. Leopoldo HONTAÑON.

JOSE MARIA RODERO
y
AGUSTIN GONZALEZ
en
«LOS EMIGRADOS»
Dirección: MANUEL MANZANEQUE
TEATRO ALFIL
REDUCCION ESTUDIANTES

ANOTACIONES A UN FESTIVAL

INTERPRETACION DE LOS PREMIOS DE SAN SEBASTIAN

De la sorpresa de la «Concha de Oro» a los premios de interpretación y sus opciones

La fórmula vigente de los Festivales de Cine en el mundo obliga a realizar alguna reflexión sobre su contenido y sobre su final, en cuanto la resolución final de sus Jurados respectivos llega al público. San Sebastián 1976, con sus añadidos políticos —y no solamente por ellos— no constituye excepción. Y, utilizando como camino de análisis el inverso, cronológicamente, al de producción de sus acontecimientos, ha de comenzarse por el fallo del Jurado, por la atribución de las recompensas del certamen.

LA «CONCHA DE ORO»

«Los gitanos se van al cielo», de Emil Lotianu, es, como ya comentamos en su día, una película brillante en cuanto a su plástica se refiere, inserta técnicamente en las magnificencias exteriores del cine soviético y con un fondo literario apreciable, como el que constituyen las leyendas de Moldavia recogidas por Máximo Gorki. Su realización indica que se fabricó a finales de 1975, dentro de los márgenes permitidos por el certamen. Pero igualmente pudo haber sido rodada hace diez o quince años. Disfruta la película, en suma, de una peligrosa intemporalidad. No representa las inquietudes actuales del cine, como ocurre habitualmente con el séptimo arte en la Unión Soviética, donde no se reflejan los problemas del hombre de hoy si no es bajo un prisma panfletario.

Premiar «Los gitanos se van al cielo» es gratificar una coreografía clásica, unos procedimientos técnicos y de laboratorio que no son sino instrumentos del arte, pero no el arte en sí, y un escapismo que no configuran precisamente el cine de nuestros días, con su carga de preocupaciones y anhelos, ni su lenguaje expresivo. Emil Lotianu fue ya premiado en San Sebastián, años atrás, con una película de similares características a la distinguida en esta ocasión con el máximo galardón, «Los leutaros». Afortunadamente para él, los Jurados cambian todos los años. Y el de 1976, presidido por la gran señora del cine mejicano, Dolores del Río, ha optado por la «apoliticidad», aunque parezca un contrasentido, inclinándose por la película de la Unión Soviética.

La sorpresa que se apoderó del público presente en el Victoria Eugenia y el hecho de que no fueran muchos los que contemplaron su proyección, en la noche del día 15, disminuyó las posibles protestas. Manifestación, por otra parte, absolutamente clásica, tanto en San Sebastián como en Cannes o Venecia, cuando había «Mostra».

EL PREMIO ESPECIAL

Si no me constase, en la práctica y el recuerdo de una ocasión anterior, la exquisita —y lógica— neutralidad del director del certamen, Miguel de Echarri, podría llegar a pensar, tras la lectura de la atribución del premio especial del Jurado, que sus manejos habían dado esta distinción a la película «Caddie» para animar tanto a la joven cinematografía australiana, debutante en San Sebastián, como a las que aún no han pasado por la pantalla del Victoria Eugenia.

En su pase, «Caddie» pareció, al que esto firma, una película modosa, conjuntada dentro de su tono melodramático. En ningún momento, pese a la cariñosa acogida del público, hubo en las imágenes del filme de Donald Crombie nada que hiciese sospechar su recompensa final. Y tampoco el de su protagonista, Helen Morse, que goza de un extraordinario parecido con la española Charo López, y que bien puede agradecer la extraordinaria valoración que de su trabajo hizo el Jurado concediéndole el premio de interpretación.

LAS «CONCHAS DE PLATA»

En honor del Jurado cabe subrayar no ya la aceptación de las dos «Conchas de Plata», sino la escasa sorpresa que representó la distinción otorgada a la francesa «Cousin, Cousine», de Jean-Charles Tacchella, y a la alemana «Opiniones de un payaso», de Vojtech Jasny. La primera merecía, quizás, algo más por la magnífica puesta en escena, por la soberbia interpretación de sus protagonistas principales, por su originalidad y fuerza expresiva al narrar una historia de amor en el marco de una familia absolutamente tradicional, vulgar si se quiere.

VISCONTI, SARAJEVO Y EL RESTO

La mención al extinto Visconti, rindiendo homenaje a su obra, resultó oportuna. Pocas veces tiene un Jurado la oportunidad de juzgar películas concursantes de un nombre ya todo historia del cine. En cambio, la dedicada a la película yugoslava «Atentado en Sarajevo» puede calificarse, si no de desdichada, sí de poco afortunada. No parece misión de un Jurado opinar sobre la consecución de «una forma de realización mediante la colaboración de diversos países», sino acerca de la bondad de la obra, se trate de una coproducción o no. Si se buscaba citar el título de Veljko Bulajic no puede decirse que se encontró el modo más oportuno.

El resto no cabe referirlo más que al capítulo de la interpretación. Los jueces, encabezados por Dolores del Río, y entre los cuales see ncontraban Claudine Auger, Víctor Ruiz Iriarte, Manuel Tamayo, Stuart Lyons y Peter Schamoni, entre otros, despreciaron, para premiar a Helen Morse, las interpretaciones, de mayor relieve, de Marie-Christine Barrault («Cousin, Cousine»), Sarah Miles («The sailor who fell from grace with the Sea») y de Concha Velasco («Libertad provisional»). Haciendo lo propio con Stanislaw Kozien («Skazanie»), las de Víctor Lanaux («Cousin, Cousine»), Kris Kristoferson («The sailor...»), Earl Rhodes («The sailor...») y James Caan y Elliott Gould (ambos por «Walter and Harry go to New York»).

Mas de opiniones estaba el Festival lleno. Y cuantos padecimos, con obligada pasividad, las tensiones de los primeros días, conscientes de que era su propia supervivencia lo que estaba en juego, debemos admitir el fallo, sorpresas incluidas, como tributo obligado por haber llegado, pese a todo, a un colofón previsto en el programa.—Pedro CRESPO.

Crítica de cine

«SABADO, CHICA Y MOTEL... ¡QUE LIO AQUEL!»

Guión y dirección: José Luis Merino. Productor: Miguel Angel Gil. Música: Cam Española. Fotografía: José F. Aguayo Jr. Eastmancolor. Principales intérpretes: Agata Lys, David Carpenter, Blanca Estrada, Narciso Ibáñez Menta, Aurora de Alba, Roberto Camardiel, Clara Urbina, Armando Calvo, Emilio Laguna, Tota Alba, Eduardo Bea. Local de estreno: Salamanca.

Si a José Luis Merino, realizador cinematográfico vulgar, le hubieran proporcionado un buen guión, acaso el mal no habría llegado a tanto. Pero él mismo ha querido ser, además de director, guionista y el desaguisado adquiere proporciones inimaginables. Aquella famosa excusa de la censura, que impedía a los directores hacer cine, ha desaparecido en buena medida.